

Vida cotidiana en el castillo de Niebla a través de las colecciones cerámicas y cartografías históricas

Simón Urbina A.*

RESUMEN: Este trabajo analiza los registros arquitectónicos y la colección cerámica del Museo de Sitio Castillo de Niebla. Los resultados ofrecen una lectura alternativa sobre: (1) la evolución de la fortificación y la existencia de asentamientos previos a su fundación en 1645; (2) el intercambio y dependencia de la cerámica indígena; (3) el tráfico de cerámicas hispanoamericanas en el Virreinato del Perú; y (4) los espacios de preparación de alimento en que estas materialidades definen contextos interculturales. La reutilización de mayólicas para la producción textil local, la masiva presencia de cerámica indígena dentro de los espacios de la tropa y la aparición de ejemplares que combinan elementos de las tradiciones alfareras regionales y europeas configuran atributos centrales para comprender la formación de una localidad mapuche-hispana basada en relaciones históricas comunes.

PALABRAS CLAVE: castillo de Niebla, cerámica mapuche, mayólica policroma, relaciones interculturales

ABSTRACT: This work analyses the architectural records and the ceramic collection of the Castillo de Niebla Site Museum. The results offer an alternative reading on: (1) the evolution of the fortification and the existence of settlements prior to its foundation in 1645; (2) the exchange and dependence of indigenous pottery; (3) the traffic of ceramics in the Viceroyalty of Peru; and (4) the food preparation spaces in which these objects define intercultural or mixed contexts. The reutilization of tin-enameled sherds on local textile production (spindle whorls), the massive presence of indigenous pottery within the military spaces, as well as the appearance of ceramics that combine elements of the indigenous and Iberian pottery traditions establish key aspects to understand the formation of a Mapuche-Hispanic locality based on common historical relationships.

KEYWORDS: Niebla castle, Mapuche ceramics, polychrome majolica, intercultural relations

* Arqueólogo y doctor en Historia. Director de la Escuela de Arqueología de la Universidad Austral de Chile, Sede Puerto Montt. Miembro de la Sociedad Chilena de Arqueología y de la Red de Educadores Patrimoniales de la Región de Los Ríos. Ha participado en proyectos de restauración y puesta en valor en los castillos que conforman el sistema defensivo de Valdivia y en investigaciones arqueológicas que abordan las relaciones interculturales en Valdivia y su jurisdicción durante el período colonial.

Cómo citar este artículo (APA)

Urbina, S. (2018). *Vida cotidiana en el castillo de Niebla a través de las colecciones cerámicas y cartografías históricas*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Introducción

Los habitantes de la costa de Niebla son herederos de una larga historia que se conoce por documentos e investigaciones arqueológicas en sus fortificaciones e instalaciones misionales –investigaciones que, por supuesto, nutren las colecciones albergadas en el Museo de Sitio Castillo de Niebla–.

Uno de los aspectos más fascinantes de estas colecciones son los conjuntos cerámicos coloniales recuperados en distintos estudios efectuados durante los últimos 30 años. Tanto las excavaciones realizadas en la década de 1990 como las labores posteriores de restauración permiten conocer hoy la procedencia, variedad, antigüedad y características formales de la vajilla cerámica que utilizaron dentro del perímetro del castillo los ocupantes de la fortificación entre 1645 y 1820. Junto a los aspectos privilegiados por las investigaciones tradicionales, dicha cerámica es una amplia puerta de acceso a las relaciones interculturales entre diversas poblaciones y territorios, con sus diferencias, tensiones y puntos de encuentro.

Considerando la falta de estudios acerca de la documentación generada por oficiales y gobernadores de Valdivia sobre los cambios en el uso del espacio y la vida diaria de los soldados, de los desterrados, de las parcialidades indígenas y de sus familias dentro del castillo o en sectores aledaños a él, la cerámica arqueológica albergada en la colección de Niebla constituye una materialidad única para acercarse a las normas de mesa, la cantidad y modo de servir las raciones, la preparación de alimentos y las áreas de descarte (basurales), vale decir, a la organización interna del espacio fortificado y a las relaciones de la milicia con las comunidades a su alrededor. Estas relaciones cotidianas, particularizadas por un paisaje costero cuyo elemento central es la articulación fluvio-marítima que genera la espléndida bahía de Corral (fig. 1) –el llamado «puerto de Valdivia», de cuya defensa se encargaban los castillos de Niebla, Mancera, Corral y Amargos– son el tema central de este trabajo monográfico sobre las colecciones cerámicas del Museo de Sitio Castillo de Niebla.

El sistema defensivo

El sistema defensivo de Valdivia y su puerto se estableció luego del intento de colonización holandesa de la ciudad en 1643, y se inscribió en la nueva escuela hispanoamericana de fortificación permanentemente abaluartada (Marín, 2007, p. 586, citando a Zapatero, 1978, p. 225). En el año 1645 se inició el

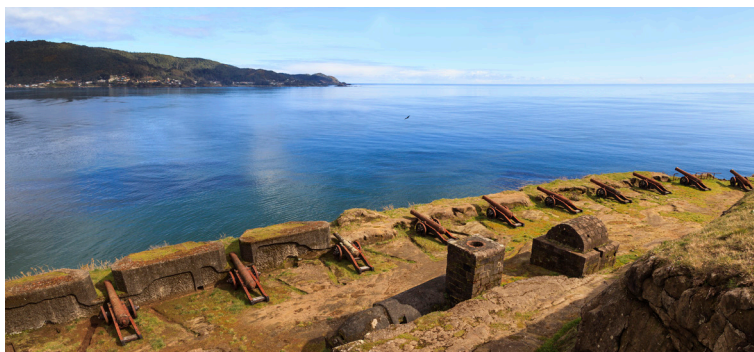


Figura 1. Batería este, ubicada frente a la bahía de Corral, Región de Los Ríos. Fotografía de Juan Pablo Turén.

período de refundación hispana de Valdivia, comenzando por la instalación de incipientes fortificaciones que alcanzarían más tarde el rango de castillos (Guarda, 1990, 1999)¹. Junto con los del Callao (Lima), Valparaíso y Chiloé (Marchena, 2007), el sistema llegó a constituir uno de los más importantes y estratégicos del Pacífico Sur. Durante el siglo XVIII estuvo integrado por diez baterías, tres fuertes y cuatro castillos solo en la bahía de Corral (Corral, Amargos, Niebla y Mancera), además de un castillo hacia el interior (río Cruces), mientras que la ciudad fue dotada de un recinto amurallado doble –mencionado en 1763 como «castillo de Valdivia» (fig. 2)– defendido por torreones, fosos y baterías propias (Marín, 2007).

De esta manera, los seis castillos de la jurisdicción de Valdivia fueron fundados en posiciones estratégicas, comunicadas fácilmente por vía fluvial; todos, además, en áreas habitadas por parcialidades mapuches.

El esquema cronológico de estos castillos se define de la siguiente manera: la primera fase constructiva del sistema defensivo (c. 1645-1650) implicó la instalación de meras baterías (planchadas) hechas de fajinas (haces de ramas apretadas) y tierra. En el segundo período (c. 1650-1670), los castillos fueron dotados de muros sólidos de canchagua y piedra laja (Montandón, 2001, p. 43) defendidos por fosos y acantilados junto a las explanadas naturales donde fueron emplazadas las primeras baterías (Montandón, 2001, p. 35). El tercer período (c. 1674-1764) comenzó en 1675 con el impulso dado por el gobernador de la plaza, don Diego Joaquín de Martos, y significó la mejora de todas las fortificaciones del estuario mediante nuevos parapetos y murallas.

¹ Como señala el historiador Gabriel Guarda (1999, p. 47), «el título de castillo corresponde al rango más elevado, dentro de las fortificaciones permanentes abaluartadas». Le siguen los fuertes, baterías y baluartes.

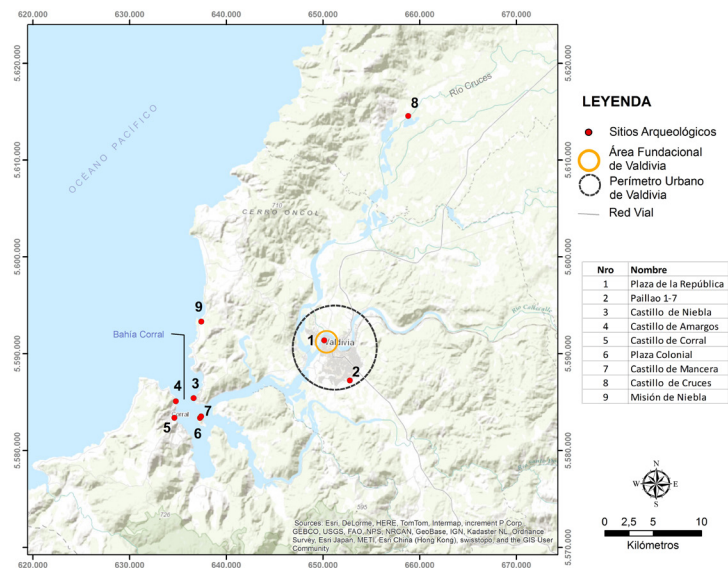


Figura 2. Ubicación de los castillos que conforman el sistema defensivo de Valdivia. Fuente: Urbina y Chamorro, 2016.

El cuarto y último período constructivo (c. 1761/1764-1820) dio forma a las fortificaciones que hoy se conocen. Se inició con las intervenciones del ingeniero Juan Garland, quien trabajó en la mantención y consolidación de la infraestructura existente, así como también en una serie de nuevas obras que modificaron lo proyectado por Antonio Birt y Martín Cermeño para Corral, Amargos y Niebla (Guarda, 1990, pp. 80-94; Montandón, 2001, p. 38), y por él mismo para San Luis de Alba de Cruces (Adán, 2009, pp. 11-12). Entre 1780 y 1800, el sistema defensivo fue ampliado con la instalación de nuevas baterías en ambos márgenes del estuario. En 1820, el conjunto de fortificaciones, baterías y baluartes cayó en manos chilenas, iniciándose el proceso de abandono y cambio funcional. Desde entonces, algunos castillos fueron utilizados como instalaciones militares de bajo rango o como desembarcadero y alojamiento provisorio para los inmigrantes alemanes en la segunda mitad del siglo XIX; muchas de ellas se transformaron luego en espacios recreativos, de contemplación y ocio dominical (Lema, 2017).

El castillo de Niebla

El extremo norte de la desembocadura del río Valdivia, en la punta de Niebla —llamada «de la Santa Cruz», «de Santa Elena» o, bien, el «morro de Niebla»—,

es el espacio donde se emplaza el Castillo de la Pura y Limpia Concepción de Monforte de Lemos, hoy conocido como «Museo de Sitio Castillo de Niebla». De acuerdo con los especialistas que han tratado su historia (Guarda, 1990, pp. 68-69 y 84-90; Aguilera, 1994, pp. 18-24; Montandón, 2001, pp. 51-52), su evolución da cuenta de una intensa dinámica de transformaciones arquitectónicas a pesar de sus modestas dimensiones.

De la primera batería no se tiene información confiable, y solo se sabe que, a partir de 1671, bajo el gobierno de Ignacio de la Carrera Iturgoyen, se comenzó a edificar la muralla perimetral del castillo, la iglesia, una escalera que desciende a la marina y un pequeño puerto. Entre 1675 y 1678, Diego de Martos levantó nuevos edificios y realizó mejoras generales a la fortificación, aunque la ausencia de planos durante el siglo XVII hace difícil comprender la organización del espacio interno y la disposición de los edificios para la tropa (Montandón, 2001, p. 51). De acuerdo con la documentación de inicios del siglo XVIII (1715-1718), bajo el gobierno de Juan Velázquez de Covarrubias se habría labrado el sector donde luego se instaló la nueva batería y se construyeron dos almacenes, cuarteles para la infantería, una casa para el castellano y la iglesia (Guarda, 1990, p. 84).

Basándose en un inventario de 1748, Guarda (1990, p. 84) registra durante el siglo XVIII la estacada con un postigo, el comienzo del foso y el cuerpo de guardia con cuatro cuartos en mal estado; la casa del castellano construida en piedra con dos cuartos y cocina, y la iglesia de canchagua con dos puertas, púlpito y sacristía; una galera con cinco cuartos de madera, un horno y un baluarte con su garita; un almacén con paredes de piedra y, fuera del castillo, la casa del capellán y un garitón en el embarcadero. La batería baja cuenta con ocho cañones, mientras que la adyacente, más pequeña, exhibe cuatro (Guarda, 1990, p. 87). En 1751 la muralla fue descrita como una estacada de madera de 280 varas de longitud (234 m) con tres puertas de acceso.

El reemplazo de dicha estacada por una muralla de piedra sólida se atribuye al gobernador Ambrosio Sáez de Bustamante, en el registro de cuyo juicio de residencia (1753-1758) se halló el primer plano de la fortificación. Este indica el ordenamiento y funcionalidad de los edificios existentes al interior del castillo de Niebla (fig. 3a) luego de transcurrido un siglo desde la instalación de la primera batería.

El detalle del plano de 1755 muestra la configuración irregular de la planta y el estrecho acomodo de los edificios a la topografía del «morro». La muralla hacia tierra firme presenta dos baluartes, uno de ellos pentagonal y un tercero proyectado al sureste, en tanto que la batería, equipada con 12

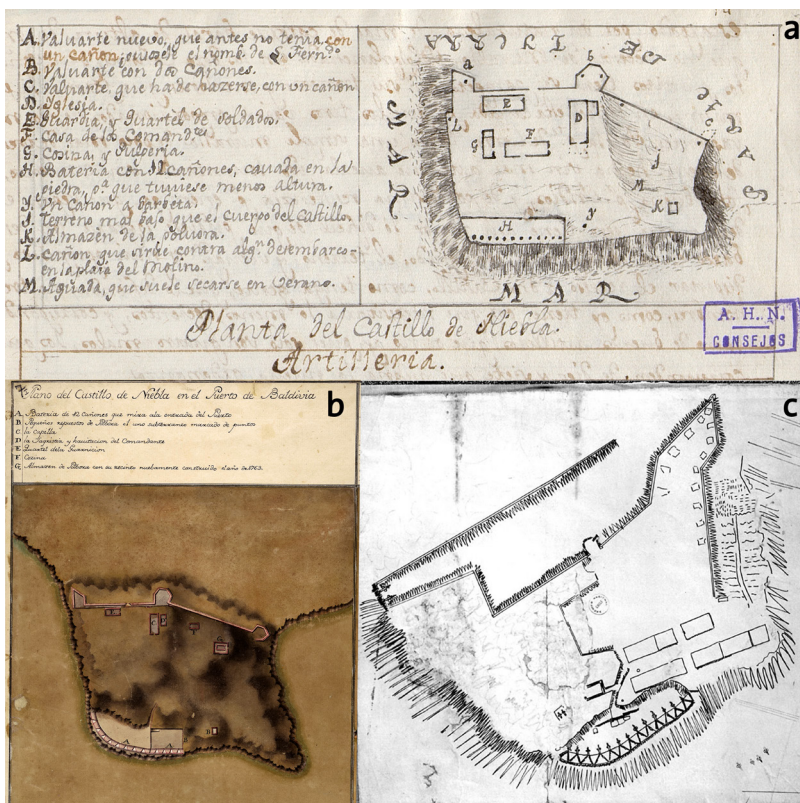


Figura 3. Planos del castillo de Niebla: (a) anónimo, c. 1755; (b) Antonio Birt, 1763; (c) Claudio Gay, 1830. Fuentes: (a) Archivo Histórico Nacional, Madrid, Consejos 20429, 1 (8), f. 14r; (b) Biblioteca Nacional de Cataluña, Barcelona, Ms. 400/n° 7-II; (c) http://www.museodeniebla.cl/643/articles-87010_imagen_01.jpg.

cañones, se encuentra bajo nivel (hoy a 18 m s. n. m.). Destacan en la parte alta (hoy a 32 m s. n. m.) la iglesia con su sacristía adjunta, el cuartel del cuerpo de guardia, la casa del comandante y la pulpería y cocina (en un mismo edificio subdividido). Dichos recintos generan una configuración que se observa en todas las fortificaciones de Valdivia a mediados del siglo XVIII (Urbina y Chamorro, 2016, p. 510, fig. 10), consistente en un espacio común o plaza. Alejado de este conjunto, hacia el suroeste del recinto y en una cota más baja (~20 m s. n. m.), se aprecia también el almacén de pólvora.

El análisis planimétrico permite calcular la superficie interna del castillo de Niebla, que alcanza 1,8 ha, la de mayor tamaño luego de la superficie de la ciudad de Valdivia (2,4 ha). Los seis edificios techados que figuran en el plano solo ocupan 1400 m², vale decir un 7,8 % de la superficie disponible. Sin embargo, es posible que varias de las construcciones de madera en mal

estado existentes en 1748 no fuesen consignadas en 1755, o que quizás fuesen desmanteladas para dar paso a edificaciones nuevas. Lo anterior indica la relevancia que los gobernadores de Valdivia otorgaban a la política edificatoria, a las obras públicas y a los ingenieros encargados de su mantención y mejoramiento.

Elaborado en 1763, el segundo plano conocido es el de Antonio Birt, y, al igual que en el inventario de 1748, en él la batería principal aparece dividida en dos niveles. Esta vez, sin embargo, sorprende la eliminación de algunos edificios centrales de la parte alta y media del recinto, que han sido trasladados hacia cotas más bajas del sector sur (fig. 3b). Si bien tanto el cuartel y el cuerpo de guardia como la iglesia (capilla) permanecen en la misma ubicación del plano de 1755, la sacristía ahora es también la casa del comandante, habiendo desaparecido la previa; lo mismo la cocina, que se traslada al sur, distanciándose del cuerpo de guardia y dejando la capilla en el punto intermedio; asimismo, llama la atención la desestructuración del espacio común o plaza del plano de 1755. Finalmente, los repuestos de pólvora se han aproximado a la batería principal, en tanto que el antiguo almacén de pólvora ha sido protegido con un muro perimetral similar al que dibuja Birt en Mancera hacia 1763 (Guarda, 1990, p. 77, fig. 124) y el tercer baluarte, de planta pentagonal, aparece ya construido.

En 1767, el ingeniero Juan Garland rebajó la batería en un nivel, trabajando además en el mejoramiento del polvorín —dispuesto en una cámara tallada del banco de canagua— y en los dos hornos de calentar balas. En un informe de 1765, el mismo Garland señalaba que la muralla se encontraba en una condición deplorable y que, pese a ser de piedra, no contaba con foso, por lo cual no cumplía con su propósito defensivo de la campaña (tierra firme). En 1770 se proyectó el foso principal, un «gigantesco tajo en el banco de canagua» al decir de Montandón (2001, p. 51). Este proveyó a su vez el material constructivo para las obras que Garland, Mariano Pusterla y, finalmente, Olaguer Feliú terminaron hacia 1798, exhibiendo una nivelación completa de la batería y la instalación del horno de reverbero y del baluarte este.

Mientras Garland edificaba el muro de defensa sur —de proporciones monumentales—, abría hacia tierra firme el foso-cantera ya mencionado, cuya impronta se aprecia con claridad en el croquis elaborado por Claudio Gay hacia 1835 (fig. 3c). Gracias al plano del naturalista francés puede estimarse que, en algún punto entre 1770 y 1820, los principales edificios existentes en 1763 (plano de Birt) fueron desmantelados y relocalizados en una cota intermedia (21 m s. n. m.) en el extremo occidental del castillo (fig. 4).



Figura 4. Sobreposición de planos históricos (1755, 1763 y 1830) sobre la planta actual del Museo de Sitio Castillo de Niebla. Elaborada por Constanza Chamorro. Proyecto Fondecyt 1171735.

Los habitantes y su entorno

Las materias primas y la mano de obra para la cantería, la albañilería y otros aspectos de las construcciones eran provistas mayormente por los presidiarios o desterrados provenientes de todo el Virreinato peruano. En tareas especializadas también contribuían los integrantes de la compañía de Pardos (Friedmann, 1992, citado en Aguilera, 1994, p. 22) que, en palabras de Usauro Martínez de Bernabé en 1782, eran ocupados «en obras de fortificación y oficinas de carpintería, herrería y otras mecánicas del Presidio» (Martínez Bernabé, 2008[1782], p. 41).

Por otra parte, tanto la tradición oral de la localidad en el siglo XX (Rebollo, 1999) como los registros documentales del siglo XVIII sugieren que las

propias parcialidades mapuches de la costa de Niebla aportaban suministros para la construcción. La documentación indica que, al parecer, una vez establecida la Misión de Jesucristo Crucificado de Niebla unos 8 kilómetros al norte del castillo, la relación entre mapuches e hispanos no fue solo comercial, ya que cuando «se les avisa de parte del gobierno para las obras reales de la plaza se necesita junquillo, paja o algún otra material con que puedan contribuir a ellas, se juntan luego caciques y mocetones y aprontan las cantidades que se les señala» (Gay, 2009, p. 245, véase Guarda, 1973, p. 6, nota 5 y 1990, p. 78). Fundada en 1776, dicha misión atendía a seis parcialidades mapuches asentadas junto al litoral (Guarda, 1999, p. 66); esto es, unas 300 personas aproximadamente, abarcando 6 leguas (25 km) al norte del castillo de Niebla entre «Quiñienamcu y Chan-Chan» (Carvallo, 1876[1796], p. 187).

La visita de inspección efectuada por José Perfecto de Salas en 1749 al castillo (Guarda, 1986) determinó que la guarnición ascendía a más de 40 hombres, con un castellano retirado a la plaza de Valdivia, un alférez, un sargento, 30 soldados, un condestable, cuatro artilleros, dos pardos con sueldo y dos gastadores. En el exterior, se contabilizaba «una población de 27 casas, 24 de ellas de españoles y tres de indios, lo que sumado a las nueve construcciones de la fortaleza da un total de 36 edificios» (Guarda, 1986, p. 299). El vecindario estaba compuesto por 4 españoles y 5 «indios domésticos», así como 29 «indios de la costa», dos de los cuales son mencionados con la categoría de «don»: don Juan Liguelfaqun y don Juan Nuichallanca (Guarda, 1986, p. 301). Dos décadas más tarde, en 1773, la guarnición del castillo ascendía a 28 hombres: un capitán, un sargento, un cabo, un tambor, 20 soldados y tres artilleros. Su vecindario estaba compuesto en esta década por 50 personas, agrupadas en 12 familias alojadas en 10 casas (Montandón, 2001, p. 52).

A fines del siglo XVIII, Usauro Martínez de Bernabé relataba que la guarnición del batallón fijo debía alcanzar, en teoría, nueve compañías, cuatro en Valdivia y una en cada uno de los cinco castillos,

todas fijas en estos destinos, para que formen en cada uno su vecindario, se acimenten y atiendan a sus casas y familias, cultiven sus tierras y de este modo logren sus provisiones, con más amor y valor defiendan sus domicilios, y sus respectivos oficiales atiendan al aumento y conservación de sus mandos, manejo y entretenimiento de sus compañías, su instrucción militar y necesaria según las circunstancias de cada puesto, los que, poblados en estos términos, formarían cada uno un pequeño villorrio, y unos a otros se proveerían de comestibles. (Martínez de Bernabé, 2008[1782], p. 46)

Sin embargo, lo cierto es que el destacamento de la plaza de Valdivia padecía de serias insuficiencias, pues si bien las ordenanzas determinaban que cada compañía contase con «setenta y siete hombres, incluso sargentos, tambores y cabos» (Martínez de Bernabé, 2008[1782], p. 45), las cifras reales de 1749 y 1773 alcanzaban solo la mitad.

Elementos cerámicos reconocidos

A mediados del siglo XX se despejaron en Niebla rasgos y estructuras arquitectónicas *in situ* que permanecían a nivel subsuperficial. El mismo Montandón (2001) describe en 1951 la detección de 10 estructuras de canchagua y laja, no visibles al momento de iniciar la restauración. Van Meurs (1996) excavó entre los años 1992 y 1995 el sector sureste cerca del baluarte oriente y el sector oeste de la planicie del castillo: la capilla, el almacén y la casa del castellano (actual sala de exhibición del Museo).

En los años 2009 y 2010, Hermosilla y Bahamondes efectuaron 30 sondeos al interior y exterior del recinto, totalizando 15 m² excavados. El conjunto de restos que componen la vajilla analizada (n=1118) está dominado por cerámica indígena sin torno (72,4%), incluyendo un fragmento decorado estilo Valdivia y uno monocromo con incrustación de loza o mayólica. El vidrio es la segunda categoría representada (20,7%), con una cuenta tubular y un raspador, seguidos por loza europea (4,7%) y cerámica vidriada (2,3%); de entre esta última, sobresalen 22 fragmentos de mayólica, entre ellos los tipos Panamá Liso, Azul sobre Blanco y Polícromo (Hermosilla y Bahamondes, 2010).

Los restos hispanos del período colonial (esmaltados [mayólica], vidriados y alisados con torno, con y sin decoración) totalizan 78 ejemplares, mientras que la cerámica de tradición indígena suma 809 fragmentos, lo cual resume de buen modo la importancia de esta última para el funcionamiento de la fortificación. En efecto, más del 45% de todos los materiales arqueológicos (11 587 unidades clasificadas) obtenidos durante las obras de restauración efectuadas entre 2013 y 2015 corresponden a restos de vajilla cerámica indígena y europea (47%), acompañados por tejas curvas (30%), restos óseos (19%), fragmentos de vidrio (2%) y piezas de metal (2%), especialmente hierro. En tanto, los restos de otros materiales constructivos representan solo el 0,5% de la muestra (fig. 5), destacando entre ellos un ladrillo con la impronta de un pie infantil. Considerando los 3944 fragmentos que conforman el universo cerámico de tradiciones europea e indígena proveniente de las obras



Figura 5. Fragmento de ladrillo con huella de niña o niño plasmada previamente al secado de la pieza. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1993. Fotografía de Juan Pablo Turén.

de restauración, los contenedores de transporte o botijas alcanzan el 43 %, seguidos por ejemplares indígenas sin torno de tradición local o regional, correspondientes al 35 %, y por cerámica esmaltada o mayólica, que representa el 17 %; de esta última, el 4 % es vidriada de color café o verde, y el 1 %, fragmentos finos pulidos conocidos como «búcaros».

Junto con las mayólicas decoradas destaca la cerámica de tradición indígena de estilo Val-

divia (rojo sobre blanco), reconocida en una de las fosas funerarias de la capilla identificada por Montandón y Van Meurs (Aguilera, 1994, pp. 82 y 90, véase estructura n° 2 en fig. 4), y en los sondeos de áreas sin estructuras subsistentes (Hermosilla y Bahamondes, 2010); la de estilo Tringlo o Ranco (blanco sobre rojo); y las porcelanas asiáticas (tipo Kraak), traficadas por mercaderes portugueses en los siglos XVI y XVII (Canepa, 2012; Rice, 2013). Los estudios han confirmado «una ocupación colonial hispana expresada en diferentes momentos a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, vinculada a través de sus contextos culturales con poblaciones indígenas de la zona» (Hermosilla *et al.*, 2009, p. 32), ofreciendo así una mirada alternativa a los registros documentales y a la lectura puramente hispanista de las fuentes históricas.

Algunos depósitos excavados resaltan por la cantidad de desechos cerámicos fragmentados. Entre ellos está la Estructura I, estudiada en 1993 (Van Meurs, 1996) y ubicada en la parte baja cercana al muro de defensa este. Allí se documentó la base de un muro elaborado con bloques de piedra canchagua, asociada a una estructura de combustión a modo de cocina que contiene

abundantes fragmentos de cerámica indígena, mayólica polícroma, clavos de hierro, balas de mosquete confeccionadas en plomo, botones, hebillas y otros artefactos semejantes [...] gran cantidad de muestras de carbón, y restos de utensilios diversos, estando a su vez en directa asociación con los cimientos antes descritos [...] una gran concentración de fragmentos de madera quemada asociada a diversos restos tales como conchas y huesos con claras huellas de corte [...] en su mayoría carbonizados [...] fueron encontrados grandes fragmentos de cerámica utilitaria indígena tardía (Aguilera, 1994, pp. 46-47)

Una situación similar presenta el pozo 16, excavado en la presente década. Ubicado en la parte alta de la fortificación, y pese a la ausencia de muros o pisos de piedra (emplantillado), presenta una alta frecuencia de restos cerámicos indígenas de gran tamaño –más de 600–, con una densidad similar a la descrita en la Estructura I ya mencionada. Gran parte de estos desechos corresponden a partes de ollas o *challa*, jarros, escudillas y platos que pueden ser reconstruidos. En estas excavaciones se distingue el hallazgo de al menos unas 26 piezas completas restaurables a partir de los fragmentos recuperados y la conformación de «un área de procesamiento intensivo de alimentos, donde junto con una importante densidad de desechos cerámicos con huellas de exposición al fuego, se registra la presencia de recursos cárneos (González, 2010) y vegetales (Silva, 2010)» (Hermosilla y Bahamondes, 2010, p. 71)².

Los proyectos de investigación y de restauración del castillo efectuados durante los últimos años han permitido obtener dataciones absolutas de los fragmentos cerámicos recuperados en excavaciones estratigráficas. Las diez dataciones por termoluminiscencia ya publicadas permiten evaluar la antigüedad, el tipo de actividades domésticas y el descarte de piezas de alfarería de tradición indígena y europea dentro del perímetro de la fortificación entre los años 1505 y 1805 d. C. (Adán *et al.*, 2016a) (Tabla 1).

Tabla 1. Dataciones absolutas (TL) para cerámica arqueológica del castillo de Niebla.

Muestra	Material	Tipo	Fecha	Rango	Fuente
UCTL 2822	Cerámica	Decorada con incrustaciones	1505	1405 - 1605	Adán <i>et al.</i> , 2016b; Urbina <i>et al.</i> , 2017
UCTL 2814	Cerámica	Estilo Valdivia	1510	1410 - 1610	Adán <i>et al.</i> , 2016b; Urbina <i>et al.</i> , 2017
UCTL 2100	Cerámica	Pintada roja	1600	1520 - 1680	Hermosilla y Bahamondes, 2010
UCTL 2816	Cerámica	Estilo Valdivia	1610	1530 - 1690	Adán <i>et al.</i> , 2016b; Urbina <i>et al.</i> , 2017
UCTL 2820	Cerámica	Tringlo	1610	1530 - 1690	Adán <i>et al.</i> , 2016b; Urbina <i>et al.</i> , 2017
UCTL 2097	Cerámica	Decorada con incrustación de mayólica	1660	1590 - 1730	Hermosilla y Bahamondes, 2010

² Para una breve síntesis de las investigaciones arqueológicas en el Museo de Sitio Castillo de Niebla, véase Urbina y Adán (2014, pp. 44-49) y Lema (2017, p. 5).

UCTL 2099	Cerámica	Monocroma sin torno	1695	1635 - 1755	Hermosilla y Bahamondes, 2010
UCTL 2817	Cerámica	Tringlo	1710	1650 - 1770	Adán <i>et al.</i> , 2016b; Urbina <i>et al.</i> , 2017
UCTL 2096	Cerámica	Monocroma sin torno	1730	1680 - 1780	Hermosilla y Bahamondes, 2010
UCTL 2098	Cerámica	Vidriada café	1805	1765 - 1845	Hermosilla y Bahamondes, 2010

Por una parte, la lectura de la Tabla 1 confirma la cronología documental tratada al inicio, pero agrega información inédita sobre las ocupaciones previas a la instalación del sistema defensivo, puesto que al menos dos fechas se ubican antes del rango de fundación del castillo en 1645. Por último, las dataciones de cerámicas de tradición indígena en pleno período de funcionamiento de la fortificación (1645-1820) señalan que, a pesar del nuevo contexto de operaciones del área fortificada, estas piezas siguieron circulando y usándose en prácticamente todos los espacios funcionales de la milicia, la oficialidad hispana y las prácticas religiosas dentro del perímetro amurallado.

Cerámica mapuche

Los ejemplares de cerámica mapuche que componen la vajilla local –dominio material que se conoce como «*widiün*» en la etnoclasificación planteada por Margarita Alvarado (1997)– pueden ser divididos en dos grupos especialmente significativos para comprender su presencia en Niebla (fig. 6).

La primera categoría comprende las ollas o *challa* de distintos tamaños y usos –*challilo* (olla para la carne), *monke* (olla chica) y *fickuwe* (olla grande)–, cuyas fechas en el sector de Angachilla, al sur de Valdivia, retroceden hasta el siglo XV (Adán *et al.*, 2016b, pp. 316 y 319). En el registro arqueológico del castillo presentan dos asas opuestas en la parte superior del cuerpo, por lo general monocromo –de color café oscuro a negro– y con manchas de hollín o tizne producto de su exposición al fuego (figs. 6a, 6b, 6c y 7). En ciertas ocasiones, las *challa* exhiben además un estriamiento anular o corrugado en el cuello, considerado una modalidad de decoración modelada o incisa cuyas fechas en el sector de Angachilla también se remontan al siglo XV (Adán *et al.*, 2016b, pp. 316 y 319).

El segundo grupo de cerámica mapuche que compone la vajilla local incluye tres subcategorías: los recipientes o *metawe*, entre los cuales destacan

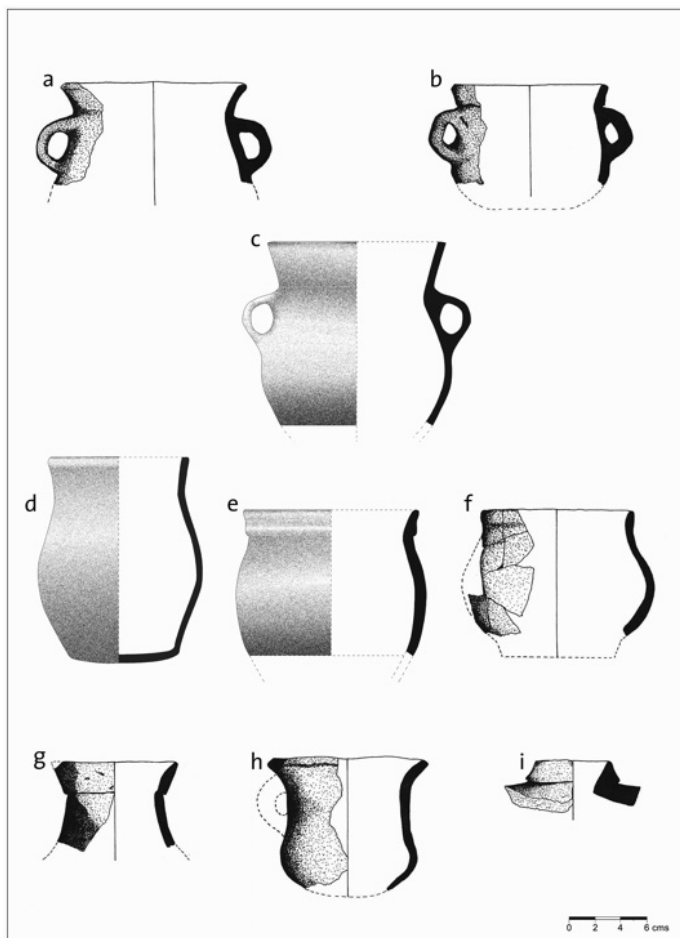


Figura 6. Formas de piezas cerámicas registradas en el castillo de Niebla: (a-c) ollas o *challa*; (d-f) cántaros sin asa; (g) borde de *mecheng*; (h) jarro pequeño o *pichimetawe*; (i) gollete de botija hispana. Fuente: Fondecyt 1171735. Dibujo: Paulina Chávez.

los grandes cántaros o *fuchametawe* (con y sin asa), los cántaros o recipientes compuestos o *metawe* (mayormente jarros y cántaros compuestos) y los pequeños recipientes o *pichimetawe* (distintas variedades de jarritos). Dentro de la primera clasificación, en la colección del castillo se reconocen algunos fragmentos de *mecheng* (fig. 6g), similares a aquellos exhibidos en el Museo Histórico y Antropológico Maurice van de Maele de la Universidad Austral de Chile, en el Museo Histórico y Arqueológico Arturo Möller Sandrock de Río Bueno, en el Museo Tringlo de Lago Ranco y en colecciones particulares de la zona de Malihue (Urbina *et al.*, 2017). Dichos *mecheng* presentan una

sorprendente semejanza formal con los contenedores hispanos del siglo XVII y XVIII (Goggin, 1960), y el fragmento de uno de ellos de estilo Valdivia (rojo sobre blanco), proveniente del sector de Cabo Blanco en Valdivia, ha sido datado a comienzos del siglo XVIII.

Dentro las piezas monocromas también se incluyen jarros, platos, escudillas (figs. 8a y 8b) y vasos, usualmente sin decoración o pintados de color blanco/crema o rojo. Se hallan presentes en la fragmentería de contextos arqueológicos residenciales dentro del perímetro urbano de Valdivia, en sitios misionales y en prácticamente todas las fortificaciones de la zona (Adán *et al.*, 2016a). Un fragmento cerámico pintado

rojo recuperado por Hermosilla y Bahamondes (2010) en las excavaciones efectuadas en la parte alta del castillo (pozo 16) arrojó una fecha de 1600 d. C. Otras dos piezas monocromas, también registradas dentro del castillo, presentan dataciones entre los años 1695 y 1730 d. C. (Tabla 1). Dentro de las cerámicas indígenas de tradición alfarera bícroma rojo sobre blanco, conocida regionalmente como Estilo Valdivia, se registran jarros, platos y vasos datados entre el siglo XV y XVIII (Adán *et al.*, 2016c, p. 428). Estas piezas cumplían funciones domésticas y ceremoniales en encuentros rituales que ponían en escena el consumo de líquidos y el acto de servir, ligados al comensalismo comunitario. Dos fragmentos de jarro de este estilo, provenientes de las faenas de restauración interior y excavación del muro de defensa sur del castillo de Niebla, fueron datados en 1510 y 1610 d. C., respectivamente (Adán *et al.*, 2016b, p. 316), lo cual indica que corresponden a piezas manufacturadas con anterioridad a la fecha de instalación de la primera batería de Niebla.

El segundo estilo decorativo, también bícromo —pero blanco sobre rojo— es conocido como «Tringlo». Este abarca desde el siglo XV hasta el siglo XVIII, y se distribuye entre los lagos Panguipulli, Calafquén, Ranco, la cuenca del río Bueno y la costa de Niebla y Mehuín, además de Concepción, Cañete,



Figura 7. Jarro (superior, izquierda) y ollas o *challa* monocromas de tradición indígena recuperados en el pozo 16. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1204. Fotografía de Darío Tapia.

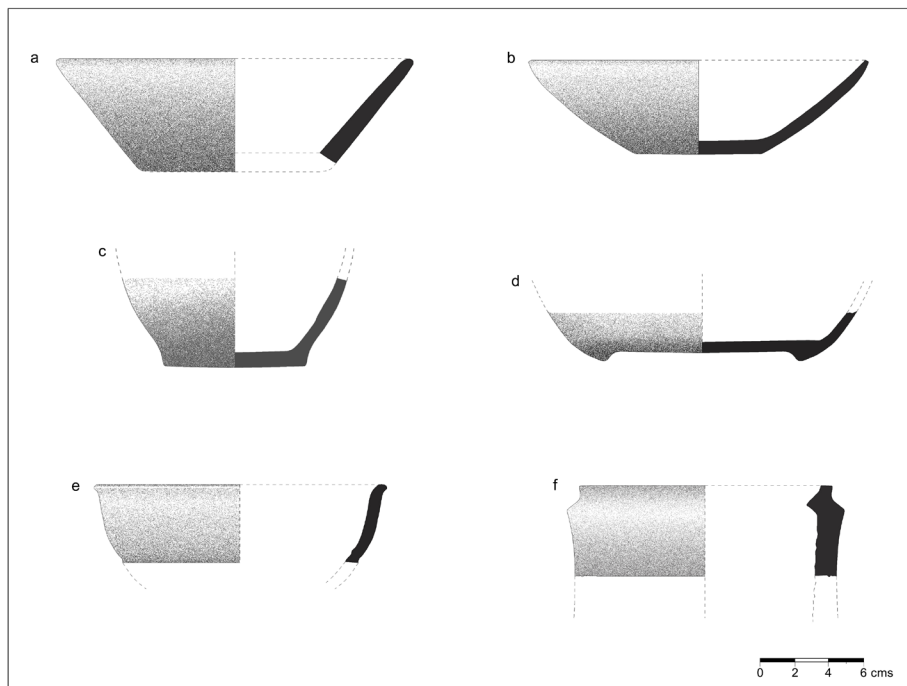


Figura 8. Formas de piezas cerámicas registradas en el castillo de Niebla: (a-b) plato o escudilla monocroma; (c) cuerpo y base de jarro monocromo; (d) base de plato tipo Escapalaque Amarillo Polícromo; (e) borde de bol o pocillo tipo Panamá Azul sobre Blanco; (f) borde de albarello azul exterior y blanco interior. Fuente: Fondecyt 1171735. Dibujo: Paulina Chávez.

Angol, Tirúa y Temuco (Adán *et al.*, 2016b, pp. 317-319). Junto con vasos, tazas y jarros, la forma predominante son los platos de base plana o cóncava, y muestran una inflexión con un borde ancho o cenefa similar al de los platos de mayólica o cerámica esmaltada hispanoamericana. Se ha sostenido que quizás este atributo tenga un origen en la necesidad de artefactos para el servicio de mesa, como resultado de las relaciones interculturales hispanomapuches (Adán *et al.*, 2016b, p. 317) y los procesos de transferencias tecnológicas y estéticas en el ámbito de la alfarería y de las costumbres culinarias relacionadas con el consumo de alimentos.

Un plato y una escudilla de estilo Tringlo provenientes de la excavación junto al muro de defensa sur se ubican cronológicamente en los años 1610 y 1710: el primero, en las décadas previas a la instalación de la primera batería, y la segunda, en pleno funcionamiento del castillo.

Un último tipo decorado corresponde a la cerámica con incrustaciones de cuarzo o mayólica distribuida entre Angol, Valdivia y Osorno, así como en

Neuquén. En la actual Región de Los Ríos, ejemplares de este tipo se hallan en la costa, en el perímetro urbano de Valdivia y en el castillo de Cruces y Máfil (Adán *et al.*, 2016b, p. 318). Las piezas corresponden mayormente a jarros monocromos o pintados rojos y a piezas antropomorfas como tazas también pintadas de color rojo, con incrustaciones de piedra, vidrio, mayólica o loza dispuestas anularmente sobre el labio, de modo múltiple sobre el cuerpo o cruzadas sobre el asa. Dos fragmentos de este tipo han sido datados en el castillo de Niebla: el más temprano, con incrustaciones de cuarzo (1505 d. C.), junto al muro de defensa sur, y el otro, en la explanada sur, con incrustaciones de mayólica que datan de la época de fundación de la primera batería en 1660 d. C.

Cerámica hispanoamericana

Los ejemplares registrados en Niebla que conforman la vajilla cerámica de tradición europea pueden dividirse en tres grupos. El primero esta conformado por los contenedores de transporte o botijas que abundan en toda la colección del castillo (fig. 6i). Entre ellos se hallan las botijas manufacturadas, con seguridad, en la península ibérica y en los virreinos de Nueva España y del Perú durante los siglos XVI, XVII y XVIII (Goggin, 1960; Ortiz-Troncoso, 1992), utilizadas en el transporte de vino, aceite, vinagre, agua, miel, frijoles, garbanzos, alcaparras, almendras, dátiles y pólvora (Avery, 1997).

El segundo grupo corresponde a cerámicas vidriadas (de distintos colores) y sin vidriar (alisadas y pulidas) manufacturadas probablemente en el Virreinato del Perú, a pesar de que los centros de producción no son del todo conocidos debido al estado inicial de las investigaciones comparativas. Entre otras formas aún no determinadas de los fragmentos vidriados, se reconocen bacines y lebrillos –un ejemplar vidriado café recuperado en las excavaciones de 2010 fue fechado en 1805 d. C. (Tabla 1)–. Destacan además los búcaros o cerámicas finas pulidas, generalmente de color rojo, negro y blanco. Se denominan «de las monjas» pues, según se ha identificado, fueron producidos en algunos conventos de Santiago en el siglo XVIII (Prado, 2010). Exhiben forma de jarritos, botellas o pequeños pocillos, contenían agua perfumada y eran usados principalmente por la élite hispana en América. Por ello, su identificación en Niebla y otros sitios de Valdivia indicaría prácticas tradicionales peninsulares –como la ingestión de líquidos desde recipientes fragantes– en puntos sumamente distantes del Imperio español (Prado, 2010; Prieto *et al.*, 2010; Adán *et al.*, 2016a).

El tercer grupo de cerámicas de tradición europea identificado en las colecciones del Museo de Sitio Castillo de Niebla es el de las cerámicas esmaltadas, que la literatura menciona como «lozas hispanas» o mayólicas. Al parecer, en este caso particular todos los fragmentos fueron manufacturados en América y tienen al menos tres orígenes. En primer lugar, Panamá La Vieja, donde se elaboraban las mayólicas Panamá Liso (c. 1575-1650) –con platos y boles de color blanco a crema–; Panamá Azul sobre Blanco (c. 1620-1671) –con distintos platos decorados con motivos florales y geométricos en azul sobre fondo blanco– y Panamá Polícromo A, con bacines, cuencos, platos hondos y maceteros decorados con colores verde, azul y marrón o café sobre fondo blanco (Deagan, 1987, pp. 90-92; Rovira, 2001; Jamieson, 2001, pp. 48-49; Rice, 2013, pp. 257-258).

El segundo origen de dichas mayólicas es el altiplano del lago Titicaca (Puno) o Cuzco. Fueron producidas desde fines del siglo XVI hasta el siglo XVIII (Rice, 2013, pp. 258-267), incluyen platos decorados con color verde o marrón o negro sobre un fondo crema a blanco verdoso y reciben el nombre «Más Allá Polícromo». Por último, un tercer grupo de mayólicas identificadas en la colección arqueológica corresponde a ejemplares del siglo XVIII o comienzos del XIX. Específicamente, se trata de platos extendidos y platos hondos (*brimmed plates*) de fondo amarillo claro o mostaza (fig. 8d) decorados con motivos florales en color marrón, púrpura, negro, verde y, en menor medida, azul. Su origen pudiera encontrarse en talleres ubicados en las tierras altas de Ecuador, por ejemplo, en Cuenca y Quito (Jamieson y Hancock 2004); en Popayán, Colombia (Martín *et al.*, 2007, p. 36); o en el sur del Perú –Cuzco o Puno–, donde se definió el tipo Escapalaque Amarillo Polícromo, cuya distribución alcanzó los valles de Moquegua (Rice, 1997, 2013). Aunque no se sabe de cuál de las tres zonas de producción proviene, un fragmento de este tipo cerámico ha sido datado en la Plaza Colonial de la isla de Mancera en 1730 d. C. (Adán *et al.*, 2016a, p. 263) confirmando su uso y tráfico en pleno siglo XVIII.

Asimismo, cabe destacar que la colección de Niebla ofrece abundantes ejemplos tanto de mayólicas blancas o lisas como de ejemplares policromos o con decoración azul sobre blanco, traficados durante la segunda mitad del siglo XVII y todo el siglo XVIII desde Panamá y la macrorregión andina (fig. 9).

Formas y usos especiales

El estudio tipológico de la colección cerámica del Museo de Sitio Castillo de Niebla permite describir una dimensión que escapa a las consideracio-



Figura 9. Fragmentos de cerámica esmaltada o mayólica de tradición europea, ss. XVII y XVIII. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1530. Fotografía de Darío Tapia.

nes cronológicas o tecnológicas ya mencionadas. Entre estos tópicos es posible resaltar la reutilización de fragmentos de botijas y mayólicas como torteras para la producción textil (fig. 10)³, práctica que, ciertamente, constituye una adaptación local. Aunque no se encuentra explícita en la documentación, esta permite enriquecer la comprensión tanto del uso del espacio dentro de la fortificación como del interés de sus habitantes y de las comunidades aledañas por acceder, reciclar y fabricar estas piezas visualmente llamativas y funcionales.

Por el testimonio de uno de los castellanos de la segunda mitad del siglo XVIII, se sabe además que las ruecas eran ofrendadas en los entierros de mujeres:

Dan tierra al cadáver o sus huesos ya expiados y secos; echan en su sepultura todos los asadores con pedazos de carne que le han servido de ofrendas diarias en su depósito, una talega de cuero con harina de cebada, un cantarillo, un rale o plato de madera; su lanza si es hombre, o su huso que es la rueca si es mujer; y cubierto todo de la tierra. (Martínez de Bernabé, 2008[1782], pp. 121-122; el subrayado es del autor)

La producción de ponchos de lana, por su parte, constituía un rubro económico de alta relevancia para la población mapuche. Se intercambiaban todos los años por otros bienes provenientes de Lima o Valparaíso con el real situado y los permanentes conchabos realizados en los llanos de Valdivia y el río Bueno. Del mismo modo, las ruecas o husos eran un elemento tecnológico central en el hilado de la lana, materia prima principal para la indumentaria

³ Como han observado las actuales tejedoras de la localidad de Niebla, en el caso de las torteras de mayólica provenientes de los estudios arqueológicos se debiese considerar la hipótesis según la cual corresponden a pequeñas preformas o piezas para aprender a hilar. Véase <http://www.museodeniebla.cl/sitio/Contenido/Noticias/78397:Visita-de-experta-en-textiles>.

y atuendo indígena (Martínez de Bernabé, 2008[1782], pp. 99, 125 y 130) y para la vestimenta de la tropa y de sus familias. Cuando los suministros que transportaba el barco con el real situado no arribaban a las costas de Valdivia, aumentaba la dependencia de la guarnición respecto de la producción local de alimentos y bienes básicos (Vergara, 2005), entre ellos los textiles.

Conclusiones

Las dos dimensiones abordadas en este trabajo pueden ser resumidas para extraer conclusiones relativas tanto a la ocupación del castillo de Niebla como a la vida cotidiana de sus habitantes.

En primer lugar, la evolución arquitectónica de la fortificación habría comprendido los asentamientos indígenas previos a la fundación de la batería de Niebla, lo cual eventualmente guarda relación con las ocupaciones indígenas en los contornos de la bahía de Corral y la isla de Mancera descritas por Pastene a mediados del siglo XVI⁴. Otro tanto corresponde a los edificios conocidos solo por antiguos planos del siglo XVIII o referidos en la documentación escrita, todo lo cual enseña los intensos cambios en la organización interna del espacio fortificado y el crecimiento de su vecindario. La presencia de rucas mapuches en los lugares donde se fundarán luego las primeras baterías o en las inmediaciones de los castillos entre 1670 y 1820 estaría sugerida, de modo complementario, por los registros analizados por Ximena Urbina (2017, p. 20, nota 47) relacionados con este tipo de ocupaciones en el contorno del castillo de Amargos.



Figura 10. Torteras confeccionadas sobre mayólicas policromas, probablemente bases de platos tipo Más Allá Polícromo o Panamá Polícromo A. Museo de Sitio Castillo de Niebla, Colección Cerámica, n° inv. CE1568. Fotografía de Darío Tapia.

⁴ Según el testimonio varias veces citado, en 1544, cuando Juan Bautista Pastene bordeó la costa oceánica desde el norte «hasta a un río grande llamado Ainilebo y a la boca del está un gran pueblo que se llama Ainil y está en la altura 39° y 2/3», tomó posesión desde el mar «de aquella tierra y provincia [...] y de la isla que allí cerca vimos, que se llamaba Guiguacabin a la boca de un río grande llamado Collecú, en donde tiene su casa y guaca que es su adoratorio el cacique» (Guarda, 2001, nota 3:22, citando CHCh 2:224 y CDI 8:80).

Adicionalmente, los villorrios o vecindarios aledaños a las fortificaciones se visualizan con todo detalle en el plano del puerto de Valdivia de José de Moraleda de 1784 y otras cartografías del puerto generadas en la misma década (c. 1785, Archivo General de Indias, Mapas y Planos, Perú y Chile, N° 82). En estas se dibujan los caseríos de las parcialidades locales ubicadas unos kilómetros al norte de Niebla, posiblemente junto a la misión franciscana, señalados como «poblaciones de indios amigos». Ello es congruente tanto con las evidencias arqueológicas superficiales documentadas por Van Meurs (1998, pp. 9-18) en su prospección de la zona costera de Niebla como con los registros de excavación de la misión de Jesucristo Crucificado de Niebla (Urbina y Adán, 2014, pp. 49-53). Lo anterior permite comprender prácticamente todos los tipos monocromos y decorados de esta cerámica prehispánica y colonial de tradición indígena registrada en espacios funerarios, áreas de preparación de alimentos, basureros y zonas adyacentes a las murallas de defensa (muro sur) del castillo.

En segundo lugar, el estudio de la colección cerámica del Museo de Sitio Castillo de Niebla ayuda a conocer de mejor modo el circuito de tráfico en el cual participaba esta fortificación y sus habitantes. Se entiende así que las cerámicas esmaltadas o mayólicas de los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX arribaron junto con el sueldo anual (real situado) y con diversos bienes para la guarnición. Puesto que Valdivia fue una plaza fuerte y presidio, es razonable suponer que, hasta 1671, esta vajilla llegó desde Panamá La Vieja o el área andina (Ecuador-Perú), se embarcó en el Callao (Lima) y pasó luego por Valparaíso y Concepción, donde eventualmente también circulaba y se manufacturaba cerámica de tradición europea. Un aspecto importante de su ingreso al sistema defensivo de Valdivia es que incorporó al castillo de Niebla en una ruta de circulación de bienes y personas (p. e., los oficiales, la tropa y los desterrados) a lo largo de los ríos Valdivia y Cruces que, articulada con otras fortificaciones y con la propia ciudad, registra las mismas mayólicas decoradas (Adán *et al.*, 2016a). Según la información arqueológica, además, este tráfico provino esencialmente del mercado limeño (Guarda, 1973), que habría actuado como intermediario entre la producción panameña y andina hacia las ciudades meridionales durante la segunda mitad del siglo XVII y todo el siglo XVIII.

Junto con las interacciones cotidianas dentro y fuera del castillo, estas dos realidades de producción y circulación de bienes cerámicos parecen configurar espacios de uso común, a juzgar por los densos basureros documentados en la parte alta (pozo 16) y baja (Estructura I) de la fortificación. Ambas materialidades crearon un contexto de sociabilidad intercultural en las áreas de

almacenaje, preparación y consumo de alimentos donde algunas mayólicas eran a su vez recuperadas y convertidas en nuevos y «brillantes» artefactos para la producción textil o en pequeñas incrustaciones para decorar jarros que imitaban y reemplazaban la tradicional decoración bícroma.

Por último, resta señalar la importancia de la colección cerámica del Museo de Sitio Castillo de Niebla para futuras investigaciones. En lo global, la colección aguarda un estudio estadístico y funcional que integre los distintos proyectos y análisis efectuados en forma parcelada durante las últimas tres décadas. En un plano intermedio, las nuevas técnicas de análisis arqueométrico podrían aclarar la procedencia exacta de todos los tipos cerámicos de tradición europea. Con respecto a esta, urge establecer la representación porcentual de las piezas policromas del siglo XVII provenientes de Panamá y de los ejemplares elaborados en el siglo XVII y XVIII en el área andina. Por último, la integración de análisis estéticos y decorativos permitiría reconocer los patrones decorativos de las mayólicas, aportando con ello a la correcta comprensión de la producción alfarera colonial, de las influencias tanto de la península ibérica como del mundo mediterráneo y de aquellos elementos propiamente americanos que identificaron a sus productores y usuarios en el castillo de Niebla y su entorno.

Agradecimientos

Este artículo es resultado de los proyectos Fondecyt 1130730 y 1171735, así como del proyecto DID UACH S-2012-41 financiado por la Dirección de Investigación y Desarrollo de la Universidad Austral de Chile, y tributa al espíritu de trabajo que ha dado origen a la Red de Museos y Centros Culturales de la Región de Los Ríos. El autor agradece a Paulina Chávez por los dibujos de cerámica; a Constanza Chamorro por la sobreposición de distintos planos del castillo de Niebla; y especialmente a Ricardo Mendoza, a Jimena Jerez y a Gabriela Alt, así como a todos los(as) funcionarios(as) del Museo de Sitio Castillo de Niebla.

Referencias

- Adán, L. (2009). *Elementos arquitectónicos del castillo San Luis de Alba (1647). Antecedentes históricos*. Informe Técnico Proyecto DID-UACH S- 2008-59, compilado por Marta Scheu.
- Adán, L., Urbina, S., Prieto, C., Zorrilla, V. y Puebla, L. (2016a). Variedad y comportamiento del material cerámico de tradición hispana e indígena

- en la ciudad de Valdivia y su jurisdicción entre los siglos XVI y XVIII. En Calvo, L. M. y Cocco, G. (compils.), *Primeros asentamientos españoles y portugueses en la América central y meridional s. XVI y XVII* (pp. 251-272). Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Adán, L., Mera, R., Munita, D. y Alvarado, M. (2016b). Análisis de la cerámica de Tradición Indígena de la jurisdicción de Valdivia: estilos Valdivia, Tringlo y decorados con incrustaciones. En Mena, F., *Arqueología de la Patagonia. De mar a mar* (pp. 313-323). Coyhaique: Ediciones CIEP/Ñire Negro Ediciones.
- Adán, L., Mera, R., Navarro, X., Campbell, R., Quiroz, D. y Sánchez, M. (2016c). Historia prehispánica en la región centro-sur de Chile: cazadores-recolectores holocénicos y comunidades alfareras (ca. 10000 a. C. - 1550 d.C.). En Falabella, F., Uribe, M., Sanhueza, L., Aldunate, C. Hidalgo, J. (eds.), *Prehistoria en Chile: desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 401-441). Santiago: Editorial Universitaria.
- Aguilera, N. (1994). *Excavaciones arqueológicas en el Castillo de Niebla 1992 - 1993. Descripción y análisis de la metodología y los principales rasgos culturales encontrados*. (Informe de práctica profesional para optar al título de Antropólogo, Universidad Austral de Chile, Valdivia).
- Alvarado, M. (1997). La tradición de los grandes cántaros: reflexiones para una estética del «envase». *Aisthesis*, (30), 105-124.
- Avery, G. (1997). *Pots as packaging: the Spanish olive jar and Andalusian transatlantic commercial activity: 16th-18th centuries*. (Tesis doctoral inédita, Universidad de Florida, Gainesville, EE. UU.).
- Cánepa, T. (2012). The Spanish trade in kraak porcelain to the New World and its impact on the local ceramic industry. Ponencia presentada en el *54 Congreso Internacional de Americanistas*. Viena, Austria.
- Carvalho, V. (1876[1796]). Descripción histórica geográfica del Reino de Chile. En *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, Tomo X. Santiago.
- Deagan, K. (1987). *Artifacts of the Spanish colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. Washington D. C.: Smithsonian Institution Press.
- Gay, C. (2009[1854]). *Historia física y política de Chile: documentos*. Tomo I. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Universidad Católica de Chile y Dibam.
- Goggin, J. (1960). *The Spanish olive jar: an introductory study*. Yale University Publications in Anthropology, (62). New Haven: Yale University Press.
- Guarda, G. (1973). *La economía de Chile austral antes de la colonización ale-*

- mana: 1645-1850*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.
- Guarda, G. (1986). La visita del fiscal Dr. Don José Perfecto de Salas al Gobierno de Valdivia y el censo de su población (1749). *Historia*, (21), 289-354.
- Guarda, G. (1990). *Flandes indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Guarda, G. (1999). El Castillo de San Luis de Alba de Cruces. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (3), 59-80.
- Guarda, G. (2001). *Nueva historia de Valdivia*. Santiago: Ediciones Universidad Católica.
- Hermosilla, N. y Bahamondes, F. (2010). *Estudio restauración Castillo de Niebla, Comuna de Valdivia, Región de Los Ríos. Informe Final de arqueología Etapa II*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, Damop- GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales.
- Hermosilla, N., Bahamondes, F., Popovic, V. y Bueno, L. (2009). *Informe de arqueología Etapa I. Proyecto Restauración Castillo de Niebla XIV Región de Los Ríos*. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, Damop- GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales.
- Jamieson, R. (2001). Majolica in the early colonial Andes: the role of Panamanian wares. *Latin American Antiquity*, 12(1), 45-58.
- Jamieson, R. y Hancock, R. (2004). Neutron activation analysis of colonial ceramics from southern highland Ecuador. *Archaeometry*, 46(4), 569-583.
- Lema, C. (2017). *Aproximación histórica al conjunto de lozas del Museo de Sitio Castillo de Niebla*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. <http://www.museodeniebla.cl/643/w3-article-83513.html>
- Marchena, J. (2007). La defensa del imperio. En *Historia General de América Latina. Consolidación del orden colonial* (volumen III, tomo 2, pp. 615-668). Madrid: Ediciones Unesco, Editorial Trotta.
- Marín, H. (2007). Las fortificaciones. En *Historia general de América Latina. Consolidación del orden colonial* (volumen III, tomo 2, pp. 583-614). Madrid: Ediciones Unesco, Editorial Trotta.
- Martín, J. G., Caicedo, A., Etayo, B., Garcés, A. y Sanabria, P. (2007). Producción y comercialización de cerámicas coloniales en los Andes: el caso de las mayólicas de Popayán. *Boletín Gabinete de Arqueología*, 6(6), 23-38.
- Martínez de Bernabé, U. (2008[1878]). *La verdad en campaña. Relación histórica de la plaza, puerto y presidio de Valdivia*. Valdivia: Ediciones Kultrún.
- Montandón, R. (2001). *Los castillos españoles en el estuario del río Valdivia. Estudio de restauración*. Santiago: Ministerio de Obras Públicas.

- Ortiz-Troncoso, O. (1992). Un alcance al tema de la cerámica hispana en Patagonia Austral. *Journal de la Société des Américanistes*, LXXVIII, 73-85.
- Prado, C. (2010). Precisiones en relación a un tipo cerámico característico de contextos urbanos coloniales de la zona Central de Chile. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo II (1011-1023).
- Prieto, C., Baeza, J., Rivera, F. y Rivas, P. (2010). Estudios cerámicos en la catedral Metropolitana, aportes a la arqueología histórica de Santiago de Chile. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, tomo II (1025-1036).
- Rebolledo, L. (1999). *Recuperación de la historia oral y bibliográfica acerca del fuerte de la Pura y Limpia Concepción de Montfort de Lemos, Niebla*. (Informe de práctica profesional para optar al título de Antropóloga, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, Valdivia).
- Rice, P. (1997). Tin-enameled wares of Moquegua, Perú. En Gasco, J., Smith, G. y Fournier-García, P., *Approaches to the historical archaeology of Mexico, Central and South America* (pp. 173-180). Los Angeles: Institute of Archaeology, University of California.
- Rice, P. (2013). *Space-time perspectives on Early Colonial Moquegua*. Boulder: University of Colorado Press.
- Rovira, B. (2001). Presencia de mayólicas panameñas en el mundo colonial. Algunas consideraciones acerca de su distribución y cronología. *Latin American Antiquity*, 12(3), 291-303.
- Urbina, S. y Adán, L. (2014). Avances en la arqueología de Valdivia. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (43/44), 35-60.
- Urbina, S., Villablanca, F., Adán, L. y Alvarado, M. (2017). Meshen y botijas en la jurisdicción de Valdivia: aportes al estudio de los contenedores cerámicos en contextos coloniales (siglo XVI-XIX). Poster presentado en las *X Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, Puerto Madryn.
- Urbina, S. y Chamorro, C. (2016). Cartografía histórica comparada de los castillos de Valdivia, el estuario (bahía de Corral) y el río Cruces. Siglos XVII-XVIII. En *Arqueología de Patagonia: de mar a mar* (pp. 505-514). Coyhaique: CIEP.
- Urbina, X. (2017). La expedición de John Narborough a Chile, 1670: defensa de Valdivia, rumores de indios, informaciones de los prisioneros y la creencia en la ciudad de los Césares. *Magallania*, 45(2), 11-36.
- Van Meurs, M. (1996 Ms.). *Excavaciones arqueológicas realizadas en el Fuerte de la Pura y Limpia Concepción de Monfort de Lemus (1992-1995)*. Universidad Austral de Chile.

- Van Meurs, M. (1998 Ms.). *Informe histórico. Zona histórica de Niebla*. Valdivia: Ilustre Municipalidad de Valdivia, Dirección de Obras Municipales.
- Vergara, J. (2005). *La herencia colonial del Leviatán: el Estado y los mapuche-huilliches (1750-1881)*. Iquique: Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (Cihde)-Ediciones Instituto de Estudios Andinos.